

rible que las noches huracanadas dan á los objetos.

Las ciudades que se atraviesa se ponen también á danzar, las calles suben y bajan perpendicularmente, las casas se inclinan confundidas hácia el carruaje, y algunas lo miran con ojos que parecen brasas. Estas son las que tienen aun las ventanas iluminadas.

Allá á las cinco de la mañana todo se desvanece; el sol asoma, y ya no se piensa más en ello.

Hé aquí lo que es una noche en silla-correo, y entiéndase que hablo de los nuevos coches, que son sin disputa excelentes carruajes, y cuando el camino es bueno—lo que es raro en Francia.

Tú crees, y crees bien, querido amigo, que me sería difícil darte idea de un país recorrido de esa manera.

Atravesé Sezanne, y hé aquí lo único que recuerdo: una larga calle deteriorada, casas bajas, una plaza con una fuente, una tienda abierta, donde un hombre á la luz de una vela cepilla una tabla. Atravesé Phalsburgo, y hé aquí lo que conservo de dicha población: un ruido de cadenas y de puente levadizo, soldados mirando con linternas y negras puertas fortificadas, por debajo de las cuales se sepulta el carruaje.

De Vitry-sur-Marne á Nancy viajé de día. No ví nada que digno de mención sea. Verdad es que la silla-correo no deja ver nada.

Vitry-sur-Marne es una plaza de guerra churrigueresca. Saint-Dizier es una larga y ancha calle orlada aquí y allá de hermosas casas á lo Luis XV, hechas con piedra de cantería. Bar-le-Duc es bastante pintoresco; un precioso riachuelo lo atraviesa. Supongo que es el Ornain; pero no afirmo nada en materia de ríos, desde que he visto soliviantada toda la Bretaña por haber confundido el Vilaine con el Couasnon. Las náyades son susceptibles, y yo no tengo ganas de reñir con los ríos que tienen los cabellos verdes. Por debajo de esto pon que no he dicho nada.

A propósito, todo este viaje lo he hecho acompañado de un honrado notario de provincia que tiene su despacho en no sé qué pueblecillo del Mediodía, y que vá á pasar sus vacaciones en Baden, porque dice que todo el mundo vá á Baden. Excuso decirte que no ha habido conversacion posible con él. Este digno escribano huele el papel timbrado como el conejo de madriguera huele la col.

Como el viaje nos vuelve habladores,

he intentado entablar la conversacion de cien maneras para ver si le encontraria comible, como dice Diderot. Le he atacado por todos lados, pero por todas partes he sacado en consecuencia que era un estúpido. Hay mucha gente como esta. Yo me encontraba en la situacion de esos niños que quieren á la fuerza morder un confite contrahecho; buscan el azúcar y encuentran el yeso.

La ciudad de Bar está dominada por una inmensa cuesta de viñedo que es completamente verde en Agosto, y que en el momento que pasaba por ella la protegía un cielo completamente azul. No está subido de color ese azul ni ese verde que envolvía tibiamente un rayo de sol. En los alrededores de Bar-le-Duc es moda que las casas de algunas pretensiones tengan, en lugar de postigo, un pequeño pórtico de piedra de cantería, con el cielo raso cuadrado, y al cual se llega por una escalinata. Es bastante bonito. Tú sabes lo que á mí me gusta notar las originalidades de las arquitecturas locales, te lo he dicho cien veces, cuando la arquitectura es natural y no adulterada por los arquitectos. El clima se escribe en la arquitectura. Un techo puntiagudo prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento.

Por lo demás, yo no noté nada de particular en Bar-le-Duc, á no ser que el correo de la mala encomendó aquí cuatrocientos tarros de confitura para su venta del año, y que en el momento en que salí de la ciudad entraba en ella un viejo caballo estropeado, que se dirigía sin duda alguna á casa del que desuella las caballerías inútiles. ¿Te acuerdas de aquel famoso caballo de nuestro precioso niño, de nuestro querido pequeño D., que permaneció por tan largo tiempo expuesto á todos los huracanes y recibiendo todas las lluvias en un rincon del balcon de la plaza Real, con una nariz de papel gris, sin orejas ni cola, y con solo tres ruedecitas? Así estaba el pobre caballo de Bar-le-Duc.

De Vitry á Saint-Dizier el paisaje es mediano. Solo se ven grandes campos de trigo, esquilados, chamuscados y de un aspecto tosco en esta estacion. Ni un labrador, ni un segador, ni una espigadora marchando con los piés desnudos, la cabeza baja, con un flaco manojito debajo del brazo. Todo está desierto. De vez en cuando un cazador y un perro de muestra, inmóviles en lo alto de una colina, dibujan su silueta en un claro de luz.

No se ven las aldeas; están agazapadas

entre las colinas, en pequeños valles verdes, en el fondo de las cuales circula siempre un arroyuelo. A cada paso se distingue el remate de un campanario.

Una vez ese remate de campanario me ofreció un aspecto singular. La colina era verde; estaba cubierta de césped. Por encima de esta colina solo se veía el sombrero de estaño de una torre de iglesia, que parecia colocado exactamente sobre lo alto de la colina misma. Ese sombrero era de forma flamenca.—En Flandes, en las iglesias de aldea, el campanario tiene la forma de la campana.—Mira este de aquí, un inmenso tapiz verde, sobre el cual se hubiese dicho que Gargantúa habia olvidado su cascabel.

Después de Saint-Dizier el camino es agradable. Una fresca cabellera de árboles se esparce por todos lados, se descubren las cañadas, las colinas se deprimen y á veces toman un falso aspecto de montañas. Lo que ayuda la ilusion es que de vez en cuando, y á pesar de la hermosa apariencia, la tierra es árida y lo alto de las colinas aparece enfermizo y pelado. Parece que la tierra no tiene fuerzas para empujar su savia hasta allí. Esto no aumenta la altura de las colinas más que en la apariencia, pero al fin y al cabo les dá cierto crecimiento.

Ligny es una hermosa ciudad. Tres ó cuatro colinas, encontrándose, han formado un valle en forma de estrella. Las casas de Ligny están todas amontonadas en el fondo de este valle, como si se hubiesen deslizado desde lo alto de las colinas. Esto le dá un aspecto delicioso, y además tiene una bonita corriente y dos bellas torres amenazando ruina. Estas colinas son encantadoras, imponen la obligación á la silla correo de subir al paso, tanto, que yo he podido bajar, seguir á pié al carruaje y ver la ciudad.

Tengo mis dudas respecto á la catedral de Toul. Sospecho que tiene alguna afinidad con la catedral de Orleans, esa odiosa iglesia que de lejos os promete tanto y que de cerca no os ofrece nada. Con todo, no tengo tan mala idea formada de la iglesia de Toul; verdad es que no la he visto de cerca. Toul está en un valle; el coche bajaba por él á galope; el sol se ocultaba y arrojaba un admirable rayo horizontal en la fachada de la catedral; el edificio tiene un aspecto de vetustez singular; hay conjunto, y este era muy bello. Al acercarme me pareció que tenia tanto deterioro como vejez, que las torres eran octogonas, lo que me disgustó, y que tenían sobrepuesta una

balaustrada parecida al coronamiento de las torres de Orleans, lo que me ha chocado. Sin embargo, no condeno la catedral de Toul. Vista por el ábside es bastante hermosa. Al pasar por el puente de Toul, mi compañero de viaje me preguntó si la casa de Lorena no era lo mismo que la casa de Médicis.

Nancy, como Toul, está en un valle, pero en un hermoso, ancho y opulento valle. La ciudad no tiene el mejor aspecto; los campanarios de la catedral son garitas Pompadour. No obstante, me he reconciliado con Nancy por de pronto, porque he comido en ella y tenia mucho apetito, y después porque la plaza de la Casa del Ayuntamiento es una de las plazas churriguerescas más bonitas, más alegres y más completas que he visto. Es una decoracion muy bien hecha y maravillosamente ajustada con todas las cosas imaginables que sientan bien juntas y que se ayudan por el efecto; fuentes de rocalla; bosquecillos de árboles recortados y sujetos á patron; verjas de hierro macizas, doradas y adornadas; una estatua del rey Estanislao; un arco de triunfo de un estilo machacon y festivo; fachadas nobles, elegantes, bien unidas entre sí y colocadas con arreglo á ángulos inteligentes. Hasta el mismo empedrado, formado de guijarros puntiagudos, está hecho en compartimientos, como un mosaico. Es una plaza marquesa.

Me causó sentimiento no haber tenido tiempo para ver detalladamente y á mi gusto esa ciudad, en la que en toda ella domina el estilo de Luis XV. La arquitectura del siglo diez y ocho, cuando es rica, acaba por librarse de su mal gusto. Su fantasía vegeta y se esparce en la cúspide de los edificios en frondosidades de flores tan extravagantes y tan espesas, que todo disgusto se desvanece y se disipa al verlas. En los climas cálidos, en Lisboa, por ejemplo, que es también una ciudad rococa, parece que el sol haya influido en esa vegetacion de piedra como en la otra vegetacion. Diríase que ha circulado savia por el granito; que en él se ha hinchado, ha brotado y ha arrojado por todas partes prodigiosas ramas de arabescos, que se yerguen engreidas hácia el cielo. En los conventos, en los palacios, en las iglesias, el adorno salta por doquiera, á cada instante, con ó sin pretexto. No hay en Lisboa un solo frontis cuya línea haya permanecido sin alteración.

Lo que es notabilísimo y acaba de asimilar la arquitectura del siglo diez y

ocho á una vegetación—yo hacia la observación en Nancy dando la vuelta á la catedral—es que, así como el tronco de los árboles es oscuro y triste, la parte inferior de los edificios Pompadour es pobre, melancólica, pesada y lúgubre. El rococo tiene muy feos los pies.

Llegué á Nancy el domingo á las siete de la tarde; á las ocho partía el coche. Esta noche fué menos mala que la anterior. Estaba más cansado? ¿El camino era mejor? El hecho es que yo me agarré á las correas del coche y me dormí. Así es cómo vi Phalsbourg.

Serian las cuatro de la mañana cuando me desperté á la impresión que me produjo el viento fresco que me daba en la cara, por efecto del impulso del coche, que iba á todo correr é inclinado hacía adelante, pues bajábamos la famosa cuesta de Saverne.

Puedo registrar esta impresión como una de las más bellas de mi vida. La lluvia había cesado, las brumas se dispersaban por todos lados, la media luna atravesaba rápidamente las nubes y bogaba cada vez más libremente en un trapecio azul, como una barca en un pequeño lago. La brisa que venía del Rhin hacia estremecer los árboles plantados en los bordes del camino. De vez en cuando sus copas se separaban y me dejaban ver un abismo imaginario y deslumbrante; en primer término, una selva que oculta la montaña; abajo, inmensas llanuras con hilos de agua que corren dando vueltas y revueltas y reluciendo como relámpagos, y en el fondo una línea sombría, confusa y espesa—el Bosque Negro,—todo un panorama mágico entrevisto á la luz de la luna. Estos espectáculos incompletos causan quizás más ilusión que los otros. Son desvaríos que se tocan y que se miran. Yo sabía que tenía ante mis ojos Francia, Alemania y Suiza; Estrasburgo con su flecha, el Bosque Negro con sus montañas, el Rhin con sus rodeos; yo lo buscaba todo, lo suponía todo y no veía nada. Jamás he experimentado sensación más extraordinaria. Mezcla á esto la hora, la carrera, los caballos empujados por la pendiente, el ruido violento de las ruedas, el estremecimiento de los vidrios de las ventanillas ya descorridas, el paso frecuente de las sombras de los árboles, los soplos que brotan por la mañana de las montañas, una especie de murmullo que producía ya la llanura, la belleza del cielo, y tú comprenderás lo que yo sentía. Por el día maravilla este valle; por la noche fascina.

La bajada se hace en un cuarto de hora, y tiene cinco cuartos de legua.—Media hora más tarde era la hora del crepúsculo; el alba á mi izquierda azogaba la parte baja del cielo, un grupo de casas blancas cubiertas de tejas negras se recortaba en la cima de una colina, el verdadero azul del día comenzaba á invadir el horizonte, algunos aldeanos pasaban ya dirigiéndose á sus viñas; una luz clara, fría y violeta luchaba con el resplandor ceniciento de la luna; las constelaciones palidecían, dos de las pléyades habían desaparecido, los tres caballos del carruaje bajaban rápidamente hacía su cuadra; hacia frío, yo estaba helado; fué preciso levantar las ventanillas. Un momento despues el sol aparecía y la primera cosa que me mostraba era un notario de aldea, afeitándose en su ventana, con la nariz tocando en un espejo roto y detrás de una cortina de indiana encarnada.

Una hora más tarde los aldeanos aparecían pintorescos y los carreteros magníficos; llegué á contar á uno de ellos trece mulas enganchadas con cadenas colocadas con mucha holgura. Se sentía la aproximación de Estrasburgo, la vieja ciudad alemana.

Galopando atravesamos Wasselonne, larga tirada de casas cortada en la última garganta de los Vosgos por el lado de Estrasburgo. Aquí solo he podido entrever una singular fachada de iglesia que tiene encima tres campanarios redondos y puntiagudos, yustapuestos, que el movimiento del coche me ha traído delante del vidrio de la ventanilla y en seguida se ha llevado zangoloteándolo como una decoración de teatro.

De pronto, al dar una vuelta el camino, la bruma se ha disipado y he distinguido el Munster. Eran las seis de la mañana. La enorme catedral, la cima más alta que ha construido la mano del hombre despues de la gran pirámide, se dibujaba con limpieza en un fondo de montañas sombrías de magnífica forma, en las que el sol bañaba aquí y allá anchos valles. La obra de Dios hecha para los hombres, la obra de los hombres hecha para Dios, la montaña y la catedral, luchaban en grandeza.

Yo no he visto jamás nada más imponente.



CARTA XXX.

Estrasburgo.

La catedral.—La fachada.—El ábside.—El autor se expresa con extremada reserva sobre la cuenta de su eminencia monseñor el cardenal de Rohan, obispo de Estrasburgo.—Los vidrios.—El púlpito.—Las fuentes bautismales.—Dos tumbas.—Algunas mamarrachadas á propósito de un inglés.—El brazo izquierdo de la cruz.—El brazo derecho.—El suizo desautorizado y maltratado.—El Munster.—A quién encuentra el autor al subir.—El autor en el Munster.—Estrasburgo á vista de pájaro.—Panorama.—Estátuas de dos arquitectos del campanario de Estrasburgo.—Santo Tomás.—La tumba del mariscal de Sajonia.—Otras tumbas.—Por encima del sacerdote, el cura; por encima del cura, el obispo; por encima del obispo, el cardenal; por encima del cardenal, el Papa; por encima del Papa, el sacristán.—El bedel gordo molletudo ofrece al autor enseñarle un escondrijo.—Un conde de Nassau y una condesa de Nassau entre cristales.—Cuál es la última humillación reservada al hombre.

Setiembre.

Ayer visité la iglesia. El Munster es verdaderamente una maravilla. Los frontispicios de la iglesia son hermosos; particularmente el frontispicio romano tiene en la fachada tres soberbias figuras á caballo; el rosetón es soberbio y bien cortado; todo el frente de la iglesia es un poema sábiamente compuesto. Pero el verdadero triunfo de esta catedral es la aguja. Es una verdadera tiara de piedra con su corona y su cruz. Es el prodigio de lo gigantesco y de lo delicado. Había visto Chartres, había visto Anvers, me faltaba ver Estrasburgo.

La iglesia no está terminada. El ábside, miserablemente truncado, ha sido arreglado al gusto del cardenal de Rohan, el imbécil, el hombre del collar. Está horrible. Los rosetones que le han adaptado tienen el dibujo del tapiz ordinario; son innobles. Los otros rosetones son bellos, excepto algunos vidrios rehechos, destacándose especialmente el del gran rosetón. Toda la iglesia está vergonzosamente revocada; algunos trozos de escultura han sido restaurados con algun gusto. En esta catedral han puesto todas las manos. El púlpito es un pequeño trabajo del siglo quince, gótico florido, de un dibujo y un estilo arrebatadores. Desgraciadamente lo han dorado de una manera estúpida. Las fuentes bautismales son de la misma época y están superiormente restauradas. Son jarrones rodeados de una maleza de escultura la más maravillosa del mundo. Al lado, en una capilla sombría, hay dos tumbas. Una, la de un obispo del tiempo de

Luis V, encierra este pensamiento formidable que el arte gótico ha expresado bajo todas las formas: un lecho debajo del cual hay una tumba; el sueño superpuesto á la muerte, el hombre al cadáver, la muerte á la eternidad. El sepulcro tiene dos cuerpos. El obispo, con sus hábitos pontificales y la mitra en la cabeza, está acostado en su lecho bajo un dosel; duerme. Más abajo en la sombra, á los pies del lecho, se entrevé una enorme piedra, á la cual están sujetas dos enormes anillas de hierro; es la cubierta de la tumba. No se vé más. Los arquitectos del siglo diez y seis mostraban el cadáver—tú te acordarás de las tumbas de Bron;—los del catorce le ocultaban; esto es todavía más espantoso. No hay nada más siniestro que esas dos anillas.

En lo más profundo de mi desvarío me ha distraído un inglés que hacia preguntas sobre el asunto del collar y sobre Mme. de Lamotte, creyendo ver allí la tumba del cardenal de Rohan. En cualquier otro sitio no habría podido contener la risa. Despues de todo, no habría obrado bien: ¿quién no tiene su rincón de ignominia grosera? Conozco, y tú conoces como yo, un sabio médico que dice: *poudre dentrificie*, lo que prueba que no sabe ni el latín ni el francés. Yo no sé ya qué abogado, adversario de la propiedad literaria, en la Cámara de los diputados dijo: *monsieur Réaumur, monsieur Fahrenheit, monsieur Centigrade*. Un filósofo infalible, contemporáneo nuestro, ha imaginado el pretérito *recollexit*. Raulin, doctísimo rector de la Universidad de Paris en el siglo quince, se indignaba de que los escolares escribieran: *mater tuus, pater tua*, y decía: *Marmouseti*. El barbarismo justificaba el solecismo.

Y vuelvo á mi catedral. La tumba de que acabo de hablarte está en el brazo izquierdo de la cruz. En el brazo derecho hay una capilla que una andamiada me ha impedido ver. Al lado de esta capilla se extiende una balaustrada del siglo quince pegada á la pared. Una figura pintada y esculpida se apoya sobre esta balaustrada y parece que admira un pilar rodeado de estátuas superpuestas que está frente por frente de ella, y que es de un efecto maravilloso. La tradición quiere que esta figura represente al primer arquitecto del Munster, Erwyn de Steinbach.

Las estátuas me dicen muchas cosas, y como yo siempre tengo la manía de preguntarles, cuando me encuentro con una que me gusta permanezco largo

tiempo con ella. Estaba, pues, á solas con el gran Erwyn, y hacia ya una hora larga que me hallaba profundamente pensativo, cuando un belitre vino á distraerme. Era el suizo de la iglesia, que con el objeto de ganarse treinta sueldos me ofrecía explicarme la catedral. Figúrate un horrible suizo medio alemán, medio alsaciano, proponiéndome sus *explicaciones*:—¿Monsir, fous afre pas fu lé champelle?—Yo despedí con bastante dureza á ese chapurrado comerciante.

No he podido ver el reloj astronómico que hay en la nave y que es un precioso trabajo del siglo diez y seis. Parece que intentan restaurarlo y está envuelto en una camisa de tablas.

Vista la iglesia, he subido al campanario. Tú conoces mi afición por el viaje perpendicular. No me hubiera perdonado dejar de subir á la más alta flecha del mundo. El Munster de Estrasburgo tiene cerca de quinientos piés de alto y pertenece á la familia de los campanarios que tienen pegadas escaleras con luces. Es una cosa admirable circular por esta monstruosa masa de piedra rellena de aire y de luz, calada como un juguete de Dieppe, linterna al mismo tiempo que pirámide, que vibra y que palpita á todas las inflexiones del viento. Yo subí hasta lo más alto de las escaleras verticales. Subiendo encontré un visitador que bajaba muy pálido y muy tembloroso, casi llevado por su guía. Hay que manifestar que no se corre ningun peligro. El peligro podría comenzar en el punto donde yo me detuve, en el nacimiento de la flecha propiamente dicho. Cuatro escaleras con luces, en espiral, correspondiendo á las cuatro torrecillas verticales, enroscadas en un encabrestamiento delicado de piedra adelgazada y llena de adornos, se apoyan en la flecha, cuyo ángulo siguen y arrastran hasta lo que se llama la corona, á cerca de treinta piés de distancia del cupulino, que tiene sobrepuesta una cruz y que forma el remate del campanario. Los peldaños de estas escaleras son muy altos y muy estrechos y van reduciéndose á medida que se sube; tanto, que los más altos apenas si tienen de vuelo lo indispensable para colocar el talón. Es preciso trepar así un centenar de piés, y se está á cuatrocientos piés del suelo. No hay barandillas, y de haberlas son tan escasas, que no merecen la pena de que se hable de ellas. La entrada de esta escalera está cerrada por una verja de hierro. Esta verja no se abre más que

con un permiso especial del alcalde de Estrasburgo, y no se puede subir más que acompañado de dos obreros de los que se ocupan en reparar los tejados, que te atan al cuerpo una cuerda, cuyo extremo atan á ciertas distancias, á medida que subes, en las barras de hierro de los cruceros de las ventanas. Hace ocho días, tres mujeres, tres alemanas, una madre y sus dos hijas, han hecho esta ascension. Con excepcion de los trabajadores que tienen que restaurar el campanario, nadie sube hasta el cupulino. Aquí ya no hay escalera, sino simples barras de hierro formando escalones.

Desde donde yo estaba la vista es admirable. Se tiene á Estrasburgo á los piés, vieja ciudad de remates dentados y de grandes techumbres con muchas claraboyas y cruzada de torres é iglesias, tan pintoresca como cualquiera ciudad de Flandes. El Yll y el Rhin, dos agradables corrientes, alegran ese sombrío monton de edificios con sus charcos de agua claros y verdes. Alrededor de las murallas se extiende hasta perderse de vista una inmensa campiña llena de árboles y sembrada de lugarejos. El Rhin, que se aproxima á la ciudad á la distancia de una legua, corre por estos campos dando vueltas y rodeos. Cercando la torre del campanario se ven tres cadenas de montañas, las cumbres del Bosque Negro al Norte, los Vosgos al Oeste y al Mediodía los Alpes.

Se está tan alto, que el paisaje ya no es un paisaje; es, como lo que yo veía en la montaña de Heidelberg, un mapa, pero un mapa viviente, con brumas, humaredas, sombras y luces, estremecimientos de aguas y hojas, nubes, lluvias y rayos de sol.

El sol festeja con gusto á los que suben á las grandes cimas. Cuando estaba en el Munster desordenó de repente las nubes con que habia cubierto el cielo todo el día é hizo resplandecer todos los gases de la ciudad y todos los vapores de la llanura, vertiendo una lluvia de oro sobre Saverne, cuya cuesta magnífica volvía á ver en el fondo del horizonte á través de una gasa resplandeciente. Detrás de mí un nubarron descargaba agua en el Rhin; á mis piés la ciudad charlaba dulcemente, y sus palabras llegaban hasta mí á través de las bocanadas del viento; sonaban las campanas de cien pueblecillos; pulgones rojos y blancos, que eran vacadas; otros pulgones azules y rojos, que eran soldados de artillería haciendo el ejercicio de fuego en el poligo-

no de la izquierda; un escarabajo negro, que era una diligencia, corria por el camino de Metz; y al Norte, en la cima de una colina, el castillo del gran duque de Baden brillaba en un reguero de luz como una piedra preciosa. Yo iba de una torrecilla á la otra, mirando así una tras otra la Francia, la Suiza y la Alemania iluminadas por un solo rayo de sol.

Cada torrecilla está enfrente de una nacion distinta.

Al volver á bajar me detuve unos instantes en una de las puertas altas de la torrecilla-escalera. A los dos lados de esta puerta están las figuras en piedra de los dos arquitectos del Munster. Esos dos grandes poetas están representados puestos en cuclillas, la espalda y la cara vueltas hácia atrás, como si se maravillasen de la grandeza de su obra. Yo me coloqué tambien como ellos, y permanecí hecho una estatua como ellos mismos por espacio de algunos minutos. En la plataforma se me hizo escribir mi nombre en un libro; despues me fuí. Las campanas y el reloj no ofrecen ningun interés.

Del Munster me fuí á Santo Tomás, que es la iglesia más antigua de la ciudad, y en la que está la tumba del mariscal de Sajonia. Esta tumba es en Estrasburgo lo que la Asunción de Bridan es en Chartres, una cosa muy célebre, muy ponderada y muy mediana. Es una obra de primer orden trabajada en mármol, en el descarnado estilo de Pigalle, y de la cual Luis XV se alababa en estilo lapidario de ser el autor y el director—*auctor et dux*—de las victorias del mariscal de Sajonia. Se te abre un armario en el cual hay una cabeza con peluca de yeso; es el busto de Pigalle. Felizmente hay otra cosa que ver en Santo Tomás; desde luego la misma iglesia, que es romana, y cuyos campanarios, rechonchos y sombríos, tienen un gran carácter; despues los vidrios, que son hermosos, aunque los hayan blanqueado en su parte inferior, y luego las tumbas y los sarcófagos, que abundan en esta iglesia. Una de esas tumbas es del siglo catorce; es una lápida de piedra incrustada recta en el muro, y en el cual está esculpido un caballero alemán de soberbia apostura. El corazon del caballero, encerrado en una caja de plata sobredorada, habia sido depositado en un agujerito cuadrado abierto en el vientre de la figura. En el 93 algunos Brutos de la localidad, por odio á los caballeros y por amor á las cajas de plata sobredo-

rada, arrancaron el corazon á la estatua. Ya no queda más que el agujero cuadrado perfectamente vacío.

En otra lápida de piedra está esculpido un coronel polaco, con el casco y el penacho en la cabeza, vistiendo una bella armadura que la gente dedicada á la milicia llevaba aun en el siglo diez y siete. Se cree que es un caballero: no hay tal cosa; es un coronel. Entre otros hay dos maravillosos sarcófagos de piedra; uno, que es gigantesco y está cargado de blasones, pertenece al opulento estilo del siglo diez y seis, y es la tumba de un hidalgo danés que duerme, no sé por qué, en esta iglesia; y otro, más curioso todavía, aunque no tan bello, está oculto en un armario, como el busto de Pigalle. Regla general: los sacristanes ocultan todo lo que pueden ocultar, porque se hacen pagar para dejarlo ver. De esta manera hacen sudar piezas de cincuenta céntimos á los pobres sarcófagos de granito, dando de sí todo lo que pueden. Este es el del siglo noveno; gran rareza. Es la tumba de un obispo que no debia tener arriba de cuatro piés de altura, á juzgar por su caja. Magnífico sarcófago por lo demás, cubierto de esculturas bizantinas, figuras y flores, y sostenido por tres leones de piedra, uno debajo de la cabeza y dos debajo de los piés. Como está en un armario pegado á la pared, no se puede ver más que su frente. Esto es desfavorable para el arte: seria preferible que la tumba estuviese al descubierto en una capilla. La iglesia, el sarcófago y el viajero ganarian en ello; pero ¿qué seria entonces del sacristan? Los sacristanes ante todo; esta es la regla de las iglesias.

Escuso decirte que la nave romana de Santo Tomás está revocada de color amarillo fuerte.

Iba á salir cuando un sacristan protestante, un gran suizo rojo y mofetudo de unos treinta años, me cogió del brazo.—Quereis ver las momias?—Acepté. Otro secreto, otra cerradura. Entré en una cueva. Estas momias no tienen nada de egipcias. Son un conde de Nassau y su hija, que se encontraron embalsamados excavando los sótanos de la iglesia y que han sido puestos en un rincon entre cristales. Estos dos pobres muertos duermen allí en plena claridad acostados en sus féretros, á los cuales han levantado las cubiertas. El féretro del conde de Nassau está adornado de escudos de armas pintados. El viejo príncipe está vestido con un traje sencillo, cortado segun la moda

del tiempo de Enrique IV. Lleva grandes guantes de piel amarilla, zapatos negros de tacones altos, una golilla de encaje y un gorro de lienzo bordado á manera de blonda. El rostro tiene color de hollin. Los ojos están cerrados. Se le ven todavía algunos pelos del bigote. Su hija lleva el espléndido traje del tiempo de Isabel. La cabeza ha perdido la forma humana; es una cabeza de muerto: no tiene ya cabello; un lazo de cintas de color de rosa ha quedado únicamente en el cráneo desnudo. La muerta lleva un collar al cuello, sortijas en las manos, chapines en los pies, una porción de cintas, alhajas y blondas en las mangas, y una crucecita de canonesa ricamente esmaltada en el pecho. Cruza sus pequeñas manos grises y descarnadas, y duerme en una cama de ropa blanca como las que los niños preparan para sus muñecas. Se me ha antojado ver, en efecto, la horrible muñeca de la muerte. Recomiendan que no se remueva el féretro. Si se tocase lo que ha sido la princesa de Nassau, caería deshecha en polvo.

Al volverme para ver al conde me llamó la atención no sé qué capa lustrosa que le untaba la cara. El sacristán—siempre el sacristán—me explicó que hace ocho años, cuando se encontró esta momia, creyeron que se estaba en el caso de barnizarla. Qué dices tú de esto? ¿De qué sirve haber sido conde de Nassau, si doscientos años despues de su muerte debía ser barnizado por los estucadores franceses? La Biblia habia prometido al cadáver del hombre todas las metamorfosis, todas las humillaciones, todos los destinos, excepto este. Ella habia dicho:—“Los vivos te dispersarán como el polvo, te pisotearán como el lodo, te quemarán como estiércol;”—pero no habia dicho:—*¡Acabarán por embetunarte como un par de botas!*

CARTA XXXI.

Freiburg en Brisgaw.

Perfil pintoresco de un coche de postas badense.—Qué claridad arrojan las linternas de este coche en el paso de M. de Bade.—Otro despertar al asomar el día.—El autor apura la paciencia con la insolencia de un enanillo gordo como una nuez que se pone de acuerdo con la tuerca de un tornillo mal engrasado para burlarse de él.—Cielo de la mañana.—Venus.—Lo que se yergue de pronto en el cielo.—Entrada en Freiburg.—Principio de una aventura extraña.—El viajero, no teniendo un cuarto y no sabiendo qué hacerse, mira una fuente.—Continuación de la extraña aventura.—Misterios de la casa donde habia una linterna encendida.—Los espectros en la mesa.—El viajero se entrega á diversos exorcismos.—

Tiene la buena idea de pronunciar una palabra mágica.—Efecto de esa palabra.—La niña pálida.—Diálogo espantoso y lacónico del viajero y de la niña pálida.—Ultimo prodigio.—El viajero, salvado milagrosamente, rinde homenaje á la grandeza de Dios.—No es evidente que chapurrar el latin y estropear el español es saber el alemán?—*El hotel de la Cour de Zehringen.*—Lo que el viajero hizo la vispera.—Historia que entenece de la graciosa actriz y de los aduaneros que le hacen pagar diez y siete sueldos.—El Munster de Freiburg comparado con el Munster de Estrasburgo.—Un poco de arqueología.—La casa que está cerca de la iglesia.—Paralelo sério é imparcial, bajo el punto de vista del gusto, del arte y de la ciencia, entre los miembros de los Consejos municipales de Francia y de Alemania y los salvajes de la mar del Sur.—Cuál es el revoque que prevalece y que prospera en las orillas del Rhin.—La iglesia de Freiburg.—Los rose-tones.—El púlpito.—El autor apalea á los arquitectos en el lomo de los fabriqueros de las parroquias.—Tumba del duque Bertoldo.—Si por casualidad este duque se presenta en casa del autor, el portero tiene orden de no dejarle subir la escalera.—Sarcófagos.—El coro.—Las capillas del ábside.—Tumbas de los duques de Zehringen.—El autor, faltando á los hábitos que tiene contraídos, no sube al campanario.—Por qué.—El sube más alto.—Freiburg á vista de pájaro.—Gran aspecto de la naturaleza.—Otro valle.—Cuatro líneas que son de un glotón.

6 Setiembre.

Hé aquí mi entrada en Freiburg: próximamente eran las cuatro de la mañana; habia tambaleado toda la noche en el cupé de un coche-correo badense, blasonado de oro en los cantos de las portezuelas y dirigido por esos bonitos postillones amarillos de que ya te he hablado; atravesando un sin fin de preciosas aldeas limpias, sanas, felices, sembradas de jardincillos esparcidos alrededor de las casas, regados por pequeñas corrientes vivas, cuyos puentes están adornados de estatuas rústicas que yo entreveía á los resplandores de nuestras linternas; habia hablado hasta las once de la noche con mi compañero de cupé, jóven muy modesto y muy inteligente, arquitecto del pueblo de Aguenau; despues, como la carretera es buena y como los coches-correos de M. de Bade van muy despacio, me quedé dormido. Ahora bien, hácia las cuatro de la mañana, el soplo alegre y frio del alba entró por el ventanillo, que estaba descornado, y me dió en el rostro; me desperté á medias, teniendo ya la impresion confusa de los objetos reales, y conservando todavía bastante sueño y bastante pesadilla para seguir con la mirada un enanillo fantástico, vestido con capa de oro, peinado con peluca roja, alto como mi pulgar, que danzaba alegremente detrás del postillon en la grupa del caballo delantero, haciendo una infinidad de contorsiones extravagantes, brincando como un saltimbanqui, parodiando todas las posturas del postillon y esquivando el látigo con saltos súbitos y cómicos

cuando por casualidad pasaba por su lado. De vez en cuando ese enano se volvía hácia mí y me parecia que me saludaba irónicamente lanzando grandes carcajadas. Habia en la delantera del coche una tuerca de un tornillo mal engrasado, que cantaba una cancion que parecia entretener mucho al pícaro monigote. Por momentos sentia que sus picardías é insolencias casi me hacian montar en cólera y estaba ya dispuesto á decirselo al postillon. Cuando hubo ya más día en la atmósfera y menos sueño en mi cabeza, reconocí que aquel enano saltando con su capa de oro era un botoncito de cobre con borla escarlata atornillado en la grupera del caballo. Todos los movimientos del caballo se comunicaban á la grupera, exagerándolos, y hacian tomar al boton de cobre mil disparatadas actitudes. Acabé de despertarme.

Habia llovido toda la noche, pero el viento dispersaba las nubes; brumas lanudas y difusas ensuciaban aquí y allá el cielo como los residuos de una piel negra; á mi derecha se extendia una vasta llanura pardusca apenas desflorada por el crepúsculo; á mi izquierda, detrás de una colina sombría, en la cumbre de la cual se dibujaban vivas siluetas de árboles, el Oriente comenzaba á bañarse de azul. Dentro de ese azul, por encima de los árboles, por debajo de las nubes, Venus resplandecía. Tú sabes el cariño que profeso á este planeta. No podia separar mis ojos de él, cuando de repente, en una revuelta del camino, se alzó en medio del horizonte una inmensa aguja negra destacándose claramente. Estábamos en Freiburg.

Algunos instantes despues el coche se detuvo en una ancha calle nueva y blanca y depositó su contenido con el mayor desorden, bultos, balijas y viajeros, debajo de una puerta-cochera iluminada por un mezquino farol. Mi compañero francés me saludó y se fué. A mí no me vino mal llegar; estaba bastante cansado. Al ir á entrar resueltamente en la casa, un hombre me cogió el brazo y me interceptó el paso pronunciando algunas vivas palabras en alemán, perfectamente ininteligibles para mí. Yo vociferé en buen francés y me dirigí á las personas que me rodeaban; pero allí no habia más que viajeros prusianos, austriacos, badenses, llevando el uno su maleta, el otro su manta de viaje, y unos y otros muy alemanes y con mucho sueño. Mis reclamaciones, sin embargo, les despertaron un

poco y me contestaron. Pero no sonó ni una palabra en francés entre las suyas, ni una palabra en alemán entre las mías. Chapurreamos de una parte y de otra á cuál más y mejor. No obstante, yo acabé por comprender que aquella puerta-cochera no era un hotel; era la administracion de correos y nada más. Qué hacer? dónde ir? Aquí no se me comprendia poco ni mucho. De buena gana les hubiera seguido, pero la mayor parte eran friburgueses que regresaban á sus casas y cada uno se iba por su lado. Tuve el disgusto de verlos partir en esta forma, los unos tras los otros hasta el último, y al cabo de cinco minutos me quedé solo debajo de la puerta-cochera. El coche habia vuelto á marchar. Entonces me apercibí que mi saco de noche, que contenia, no solamente mi equipaje, sino tambien mi dinero, habia desaparecido. Esto comenzaba á hacerse trágico. Reconocí que esto era un caso providencial, y encontrándome así de pronto, sin ropa, sin dinero y sin albergue, perdido entre los sármatas, que algo peor era, tomé por la derecha y eché á andar á la ventura. Caminaba bastante pensativo. Entre tanto el sol, que no abandona á nadie, habia continuado su camino. Asomaba la alborada; miré una tras otra todas las casas, como el que tiene deseos de entrar en una; pero estaban todas revocadas de amarillo y de gris y perfectamente cerradas. Por todo consuelo, en mi muy dudosa exploracion encontré una preciosa fuente del siglo quince, que arrojaba alegremente su agua en un ancho pilon de piedra por cuatro espitas de cobre brillante. Habia ya bastante luz para que pudiese distinguir los tres órdenes de pequeñas estatuas agrupadas alrededor de la columna central, y noté con pena que se habia sustituido la figura de Heilbron hecha de greda, que debia coronar este pequeño trabajo, por una despreciable Fama-veleta de hojalata pintada. Despues de haber dado una vuelta alrededor de la fuente para ver bien todas las figuritas, me volví á poner en marcha.

A las dos ó tres casas más allá de la fuente me encontré con una puerta abierta, encima de la cual brillaba encendido un farol. Como hay Dios, entré.

No habia nadie en la puerta-cochera.

Llamo y no me responden.

Delante de mí habia una escalera: á mi izquierda una puerta escusada.

Empujo la puerta al azar; estaba entornada y se abre. Entro y me encuen-